

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página	
Las causas de la Reforma.....	1	
El movimiento del agua en el estanque de Betesda	5	
La cuestión del divorcio	9	
Bosquejos del Antiguo Testamento	17	
Las confesiones de la Iglesia Luterana	26	
Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina	Homilética	34
	Bosquejos para Sermones	38
	Bibliografía	44

LA CUESTION DEL DIVORCIO

La cuestión del divorcio, para todo cristiano que quiere ajustar su vida a las enseñanzas de la Palabra de Dios, es una cuestión seria. Muchos cristianos entran en la vida matrimonial sin pensar, sin saber lo que están haciendo. El tiempo para comenzar un matrimonio feliz es antes de que el matrimonio se efectúe. Las enseñanzas de la Biblia y los dictados del sentido común, más bien que un impulso o una pasión, deberían gobernar la vida de los jóvenes afiliados con la iglesia cuando se proponen encontrar con quien casarse. La Biblia enseña que es peligroso que un cristiano contraiga matrimonio con uno que no lo sea. Los cristianos que descubren después del matrimonio que se han equivocado, han hecho un tardío descubrimiento. La Biblia permite el divorcio sólo por causas de infidelidad conyugal "por uno cualquiera de los consortes". En este caso, un esfuerzo debe ser hecho por ambas partes para una reconciliación y para el perdón.

Los Estados Unidos de América han adquirido fama de país divorcista. Parece que allí, en donde, según el prof. Víctor Mercante, "se respira los domingos aires religiosos", por "un quítame de acá estas pajas" entre marido y mujer, los esposos recurren a los estrados de la justicia y los jueces "declaran la necesidad de un divorcio". Podemos asegurar que los divorcios en los Estados Unidos están a la orden del día.

En segundo lugar tenemos la república de México. ¡Un país de fácil divorcio! ¡Más fácil y más barato que los Estados Unidos! Por desgracia los divorcios en México, o como a mí me gusta llamarlos: "divorcios por correspondencia", abundan en Argentina. La prensa vespertina está llena de avisos de abogados y abogadas que se "especializan en asuntos de familia"; no en arreglarlos, sino en desarreglarlos.

El trámite en México es ridículo, pero cuenta con "la aprobación social". Pueden hacerlo ambos cónyuges de común acuerdo, o puede hacerlo uno de ellos sin que el otro se entere. Esto es que, una persona puede acostarse casada y sin saberlo amanecer divorciada. Los documentos vuelan, el divorcio se concede, el nuevo matrimonio se efectúa, el cónsul argentino legaliza y... asunto terminado.

¿Qué valor tienen esos papeles en nuestro país...? Ninguno. Para la ley argentina esos divorcios y "recasamientos" no existen. Ahora bien, si los papeles mejicanos carecen de valor, ¿cómo podemos entender que haya entre nosotros más de 150.000 parejas argentinas divorciadas o "recasadas" en México? ¿Se trata de un engaño de la publicidad de los abogados divorcistas? Aparentemente, no. Lo primero que hacen los abogados cuando se les presenta un cliente es advertirle que el trámite carece de valor legal. ¿Cómo se explica que sean tan ingenuos?... Hay que conformar a la familia, hay que cubrir las apariencias, hay que proteger los futuros hijos. Se salva el convencionalismo, acudiendo a un principio tranquilizador: Una libreta de matrimonio argentina que dice que "este matrimonio fue efectuado en México", y esto escrito con letra bien chiquita.

¿Cuántos divorcios "por correspondencia" se obtienen diariamente en Argentina? No hay estadísticas. El Dr. Vázquez Ramos, el más popular de los "casamenteros por correspondencia" dice que gestiona unos 30 "recasamientos" por mes. Tal vez si los divorcios por correspondencia "fueran más baratitos" se producirían muchos más. ¿Hay tantas parejas que han fracasado en la vida matrimonial?

¿Por qué se divorcia la gente? Una estadística argentina nos dice que las causales de divorcio que se presentan en nuestros tribunales son: adulterio, intolerancia, vicios sexuales, egoísmos, incapacidad para vivir la vida en compañía de otro. No debemos olvidar que las estadísticas siempre son crudas, y que no revelan nunca la verdadera historia, las causas reales, el origen de todo divorcio.

Conozco un caso de divorcio argentino. Después de varios años de peleas e incomprensiones, un matrimonio porteño decidió separarse legalmente. Advertidos de la inutilidad del trámite mejicano, acuden a un abogado argentino para definir la situación dentro de lo que permite la ley argentina.

—“Queremos separarnos, doctor”.

—“¿Adulterio o injurias graves?”

—“Ni lo uno, ni lo otro. Simplemente no nos entendemos y hemos llegado a la convicción que lo mejor para nosotros es separarnos”.

—“Imposible —responde el abogado—, habrá que fraguar algo para iniciar la demanda. Nuestra ley de "separación de

cuerpos" no contempla como causal la incompatibilidad de caracteres. El adulterio, la tentativa de homicidio, la sevicia (malos tratos), el abandono malicioso del hogar. Estas son las únicas causales que enumera el artículo 67 de la Ley de Matrimonio Civil.

Los abogados se inclinan por "las injurias graves". Esta parece ser la causa más viable. Así y todo es casi imprescindible fraguar pruebas y obtener testigos falsos. Conozco el caso de un sacerdote que se presta a ser testigo en una causa de divorcio en la que no conoce a fondo a ninguno de los contendientes, pero la esposa es protestante y eso fue causa suficiente para que el sacerdote actuara en favor del esposo. Uno de los cónyuges debe denunciar al otro y fingir violentos dramas que generalmente envuelven a hijos, amigos y parientes. Muchas veces se finge el odio para ajustarse a la ley. Esta necesaria hipocresía, esta despiadada ventilación de "intimididades conyugales" a que deben someterse ambos en las audiencias, hace que muchas personas verdaderamente decentes renuncien a la "separación legal" y recurran a una separación "a la criolla"; tú te vas para allá y yo me voy en la dirección opuesta.

Indudablemente, detrás de todo caso de divorcio hay pecado, y los clérigos no nos deberíamos olvidar de este hecho cuando nos proponemos estudiar imparcialmente la cuestión del divorcio. Todo hombre y mujer que se ven envueltos en un juicio de divorcio experimenta grandes angustias, muchos dolores y debe pasar por muchos momentos amargos. ¡Experimentan, pues, todo lo que el pecado produce!

Hoy, casi está de moda estar divorciado. Cuando concurreo a alguna reunión social, de diferentes clases, y me encantan algunas de las parejas, quedo extrañado al saber que "personas tan distinguidas, amorosas y educadas" son divorciadas y "recasadas". ¡Ya me he curado de espanto! He llegado a conocer: profesionales, militares, funcionarios de alto rango, que son divorciados y se han vuelto a casar. Después de leer una estadística en la que se mencionaba el número de personas divorciadas en la Argentina —estadística no oficial— ¡unas 300.000! díjele a mi esposa el día del 43 aniversario de nuestra boda: "¡Mira, hija! Debemos ser personas anormales. Llevamos ya 43 años de casados y no hemos comenzado aún a pensar en divorciarnos.

¿No te parece que deberíamos recurrir a los servicios de un siquiátra?"

Al hablar de divorcio, de las causales de divorcio que se conocen, que se ventilan ante la justicia —porque hay las que no se conocen— las que la vergüenza y el pudor femenino no dejan revelar y que sólo se conocen "bajo el secreto de la confesión"; siempre se mencionan: "infidelidad" o "adulterio". ¡Cuántas veces detrás de todo juicio de divorcio se esconde, por parte del esposo, el deseo de cambiar de esposa; o en ella, el deseo de cambiar de marido.

Los clérigos solemos decir que "en donde hay buena voluntad y amor cristiano, el divorcio es algo que puede evitarse. Pero los clérigos vivimos a veces, como dicen los alemanes, "en la cara de atrás de la luna".

Durante mis veintitantos años de ministerio en la HORA LUTERANA me he encontrado con personas que han pedido mis consejos. Me han abierto su corazón, me han confesado su problema, y me han pedido que les ayudara a resolverlos. No recuerdo el soneto de esa monja que justifica a todas las mujeres, diciendo que ellas han sido víctimas directas o indirectas de los hombres. Debemos reconocer que los hombres no estamos en condiciones de "levantar manos limpias delante de Dios". Aquel personaje de los hermanos Quinteros en "Amores y Amóríos" que se vanagloriaba de ser "el único mortal que no había engañado jamás a su mujercita" parece que no existe nada más que en dicha comedia. Soy un convencido que la mujer es la roca en la que ancla el vaje! masculino o en la que naufraga; y el hombre es el cielo en el que descansa la mujer o el infierno en el que ella se hunde.

Cada vez que leo el primer libro de Samuel mis ojos se detienen en estas palabras que hallo en sus páginas: "Aquel varón muy rico se llamaba Nabal, y su mujer Abigail. Era ella una mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia, pero el hombre era duro y de malas costumbres", y... no puedo menos que pensar en el día de la boda de Abigail con Nabal. Debíó ser la boda de esta joven una boda regia. Terneros y ovejas fueron sacrificados para la fiesta. Tinajas de vino fueron consumidas. Hubo música, cantores, alegría. ¡No faltaría entre los invitados quienes dijeran: "¡Este Nabal debe tener una pila de dinero!" Me han dicho que es dueño de tres mil ovejas y

mil cabras, y que sus tierras llegan hasta las montañas del Jordán. Desciende de Caleb, el compañero de Josué que espío el país, cuando nuestros antepasados regresaron de Egipto". "Si —le respondería el otro— ¡y mira qué novia se lleva! Es la más hermosa entre todas las mujeres. Su cabello parece un baño de cabritos, y sus dientes manada de blancos corderos recién esquilados; sus labios parecen hilos de corales y sus pómulos son rojos como manzanas deliciosas. Su cuello es como torre de marfil; sus ojos son claros como el agua del arroyito de Heshbon; su cabeza parece el Carmelo mismo. ¡Que suerte tiene al haberse casado con Nabal! Y me parece ver a un amujer sabia que se les acerca y les dice, después de escuchar la conversación: "Sí, pero posiblemente no es tan afortunada. Nabal es un aristócrata, lleno de dinero y poderoso; pero al mismo tiempo es un libertino, es huraño, egoísta, tiene mal carácter, es profano. Ustedes pueden pensar que Abigail ha tenido muchísima suerte; pero yo pienso que esta linda muchacha va a ser una desgraciada".

La fiesta ha cesado. Reina el silencio en la casa de Nabal. Los amigos de los novios se han retirado. Nabal y Abigail se han retirado a la cámara nupcial. ¡Las sombras han caído sobre el palacio de Nabal!

La luz del alba ilumina aquella alcoba. ¡Ay por Abigail! ¡Sus sueños se han disipado! Los rayos del sol naciente penetran por un ventanal. Abigail vuelve su vista hacia el rostro congestionado, brutal, sudoroso del hombre que ahora es su esposo. No lo ve como el rostro de un recién casado feliz, sino como un rostro embotado, inerte... ¡borracho! Y entonces me imagino a la delicada Abigail, levantando su vista hacia el cielo y con ella un triste pensamiento: "¡Me he casado con una bestia!"... "La Bella y la Bestia" podría titularse este casamiento.

Abigail no es la única mujer que despertó de su noche de bodas de esta manera. Conozco el caso de una joven quien, al día siguiente al de su boda, el esposo salió del hotel en el que se hospedaba con una excusa baladí y volvió acompañado de una mujer. Se la presentó a su flamante esposa diciéndole: "Con esta mujer he vivido durante tantos años. Se ha enterado que nos hemos casado y desea que me suicide con ella. ¿Tú qué me aconsejas, querida? Esta joven tuvo un despertar semejante al de Abigail. Es que la tragedia de Abigail ha venido repitién-

dose en el correr de los siglos. Mujeres jóvenes y lindas, inteligentes, creyentes, por uno de esos reveses de la vida han llegado a descubrir que han hecho un mal casamiento. ¡Este ha sido y sigue siendo uno de los terribles problemas de la vida! Mujeres superdotadas, poseedoras de una personalidad delicada, descienden lentamente al martirio porque, como Abigail, han llegado a unirse en matrimonio con un hijo de Belial.

En el ministerio de la HORA LUTERANA desarrollado por mí durante más de veinte años, he debido aconsejar a hombres y mujeres desesperados por asuntos de familia: unos pensando en matar a la esposa, esposas tentadas a suicidarse. Aconsejar a matrimonios que están navegando a la deriva no es cosa fácil. Quiero poner a la consideración de ustedes algunos casos reales —consultas morales y espirituales— producidas durante mi ministerio radial.

Acababa de predicar en nuestra parroquia de Belgrano. Había anunciado en La Prensa de Buenos Aires el tema que trataría en el culto de vísperas en dicho templo. Terminado el oficio religioso una mujer extraña a la feligresía de Belgrano se acercó al Rev. Fehlauer expresándole que deseaba hablar conmigo a solas. La atendí en la sacristía. "Señor pastor" —me dijo. "Estoy pasando por la crisis más grande de mi vida. Soy madre de tres hijitas. Mi esposo y yo pertenecemos a la iglesia evangélica de . . . He descubierto que mi esposo tiene una amante, una mujer que pertenece a nuestra misma congregación. Le he recriminado su proceder y me ha respondido que a mí me quiere para reproducirse, pero que ella es el verdadero amor de su vida". ¿Qué me aconseja usted?"

Mordí mis labios, como fruto de mi indignación ¿Qué le podría aconsejar yo a esa pobre mujer que expresara el sincero sentimiento de mi alma? . . . ¿Que ejercitara su amor cristiano? . . . ¿Que tolerara todas esas cosas con paciencia por amor a sus hijitas? . . . Aquella mujer cristiana, sincera y cabalmente cristiana y yo nos arrodillamos en la sacristía de nuestra capilla en Belgrano. Ella comenzó la oración. Pronunció una plegaria en la que le pedía a Dios dirección, luz, fortaleza . . . Yo, sólo atiné a bendecirla, pidiéndole a Dios que cumpliera en ella lo que ella tan fervientemente le pedía.

He aquí otro caso. Una mujer casada, joven, bonita, atractiva, educada, viene a visitarme en mi oficina. Me dice: "Estoy

desesperada, señor pastor. Mi esposo está enfermo, se encuentra hospitalizado en la clínica N. N. de esta ciudad. Trabajo. Durante la noche duermo en el hospital para cuidarlo. Mis hijos los cuida mi madre. La otra noche, pensando él que podría morirse, tuvo miedo y deseando arreglar sus cuentas acá abajo, tomó mis manos entre las suyas y con voz cariñosa me dijo: "Elena, si me muero, deberás pagar en mi nombre a fulana diez mil pesos... ella me los prestó en cierta oportunidad". (La "dama" a la cual la esposa debería pagarle aquella suma con el fruto de su trabajo no era otra que "la amante de tan noble caballero"). ¿Qué hago con mi esposo, señor pastor? "Le prometí que pagaría su deuda aunque debiera trabajar duramente para que muriera en paz, si llegaba a morirse. Pero no se murió. Se ha sanado. Las otras tardes caí en la clínica en horas que no acostumbraba hacerlo y me encontré que mi marido tenía asida cariñosamente las manos de la otra mujer. ¿Qué debo hacer con mi esposo?"

Pensé rápidamente qué decir a aquella pobre mujer y no me atrevía a decirle lo que pensaba. Gustosamente le hubiera dicho: "Señora, porque no encierra usted en una jaula a su maridito del alma y lo exhibe de casa en casa por diez pesos como una especie humana curiosa? Pero como clérigo debí contenerme y debí decirle que "su deber era tener paciencia, seguir amando a su maridito enfermo, que debía perdonarlo amplia y generosamente, aunque él no daba muestras de arrepentimiento, que debía olvidar y tratar de rehacer el amor que se anidaba en su corazón el día de la boda." Cuando la dama se retiró de mi oficina tuve vergüenza de mí mismo, me arrodillé y le pedí al Señor que me perdonara.

Pongamos otro caso. Este tiene cierto sentido del humor, pero para la joven señora que viene a buscar mi consejo era una tragedia. Ella es bonita y poseedora de una buena educación. Está casada no con un Nabal, sino con un hombre que no ha alcanzado la madurez necesaria. Vive con su esposo en el piso que ocupa la suegra la cual les ha facilitado una habitación. ¡Es tan difícil encontrar un departamento en la actualidad! Cada vez que la pareja tiene un disgusto... el marido resuelve la situación yéndose a pasar la noche en el dormitorio con la mamá. ¿Qué le parece a usted mi caso, señor pastor?

Refregué las palmas de mis manos sobre mis pantalones y le respondí: "Señora, a mi me parece que usted no se ha casado con un hombre, usted se ha casado con un mequetrefe. Búsquese cuanto antes un lugar en donde establecer su hogar. La casada casa quiere.

Presento estos casos, porque los otros, los de la infidelidad por parte de la mujer, son moneda corriente. "¡No hay mujer honesta que no tenga precio!" esto es muy común oirlo en los labios de muchísimos hombres.

Conozco un caso relatado por una esposa, orgullosa de su marido. Una de esas mujeres que suelen decir: "Si mañana fuera martes y 13 y debiera casarme con el hombre que me tocó en suerte, me volvería a casar con él sin titubear un solo minuto. El esposo es un hombre joven, alto jefe en una gran empresa. Ha sido criado en nuestra iglesia luterana. Nunca ha hecho mucha gala de su religión. Se casó con una mujer católica. Cuando se le impuso la condición de que sus hijos tendrían que ser católicos respondió: "El jefe de mi familia espero y deseo serlo yo y no permito a nadie que se mezcle en mis asuntos religiosos. Creo que la fe es personal. Y si usted, señor sacerdote, no me quiere casar bajo estas condiciones, buscaré un pastor de mi fe que me bendiga". Bien este joven debe actuar grandemente en sociedad. Un día se le dijo que "había una fiestita en vista" a la que asistirían "lindos programitas". El joven miró al que le invitaba y le preguntó: "¿Yo no le presenté nunca a mi esposa?" ¡De estos maridos, suele decirse, que quedan pocos!

Los hombres siempre solemos defendernos como Adán: "La mujer que tú me diste" o "la mujer que me ha tocado en suerte". ¡Pobres mujeres. Ellas que son en muchísimos casos "la mendiga del hogar" son las malas, las infieles, las indignas. ¡Cuando una mujer da un mal paso no encuentra nadie con el suficiente espíritu cristiano para ayudarla a levantarse. Y se la marca con el índice y se la lleva ante los estrados de justicia. Allí la sartén dice de la olla ¡qué sucia estás hermana!"

(continuará)
